

Bestiario SINIESTRO

CARLOS FERRÁNDIZ MADRIGAL



R.

A los ausentes

NOÉ

Cuando Dios escogió a Noé para permitirse a sí mismo cometer el primer genocidio de la historia, es indudable que fue porque era un hombre distinto. ¿En qué se diferenciaba Noé de sus contemporáneos?

En primer lugar, en su aspecto físico. Dice el *Génesis rabínico* que Noé nació ya circunciso (señal de gracia especial de Dios). “*Sus mejillas eran más blancas que la nieve y más rojas que una rosa. Sus ojos como los rayos del sol matinal. Su cabello largo y rizado. Su rostro fulgurante de luz*”.

El padre de la criatura, Lamec, llegó a sospechar que era producto de los amores de su mujer con algún ángel caído. Ante las vehementes protestas de la señora, acudieron a solicitar el arbitraje de Enoch, el bisabuelo del niño, hombre tan querido por Dios que se lo había llevado al cielo en cuerpo y alma hacía 69 años. Allí se encontraba, a la diestra del trono divino, convertido en consejero de Yahveh. Según el mismo *Génesis rabínico*, le habían crecido setenta y dos alas, así como numerosos ojos. “*Su carne era llama, sus nervios fuego, sus huesos ascuas, sus ojos antorchas y sus cabellos rayos de luz*”. No sabemos cómo consiguió Lamec contactar con su ígneo abuelo, pero suponemos que recurriendo a la magia y a la nigromancia, ciencias muy difundidas entre los hombres de aquel tiempo. El veredicto de Enoch tranquilizó a Lamec: era hijo suyo, lo que pasa es que era “especial”.

No debió ser, sin embargo, su aspecto físico lo que decidió a Dios a otorgarle un papel tan importante en sus designios. Alguna característica psicológica debió hacer a Noé diferente de sus coetáneos.

Por lo que sabemos, el rasgo más sobresaliente de su carácter era la tranquilidad. Noé era un hombre pausado, sosegado y reflexivo para todas sus cosas. Se podría argumentar que esto es una suposición gratuita, porque en ningún pasaje del Génesis se nos dice “Noé era un hombre tranquilo”. Sin embargo, tenemos pruebas indirectas de que así era: tardó quinientos años en decidirse a contraer matrimonio y procrear. Fue el patriarca que se casó más viejo y el que tuvo los hijos a edad más avanzada. Otro de sus rasgos de carácter era su afición por la naturaleza. Se sentía feliz en campo abierto, recorriendo los montes en soledad y en silencio. Gustaba de observar largas horas a los animales y a las plantas, admiraba la variedad y belleza de la Creación, probaba los frutos silvestres y aprendía las señales que dan indicio de sus usos alimenticios o medicinales. De esta afición por el medio rural sí tenemos pruebas: las mismas fuentes rabínicas nos dicen que desarrolló mejoras en los arados y en las hoces, para facilitar las labores agrícolas. Odiaba las ciudades. El Génesis nos dice que era a causa de la corrupción y de la violencia que las dominaban, pero, como ya vamos conociendo un poco a nuestro hombre, sospechamos que, más bien, esta fobia se debía a la actividad frenética de sus habitantes, siempre corriendo de acá para allá con prisas. Tampoco aguantaba sus sonidos. No soportaba el griterío de los mercados ni de las tabernas, tampoco los mil ruidos de los artesanos, ni los escándalos nocturnos de los burdeles. Este hombre tranquilo y reposado mantenía a su tribu pastoreando y cultivando la tierra, lejos de lugares tan molestos.

Un día, mientras paseaba lentamente por el monte, Dios le habló. Suponemos que debió ser un acontecimiento tremendo y dramático, aunque el Dios del Antiguo Testamento era mucho más hablador que el actual y ya había mantenido charlas bastante desagradables con Adán, con Eva, con Caín... El caso es que la voz de Dios fue como un trueno. Noé se tiró al suelo, hundió la cara en la tierra, seguramente deseando que se abriera y se lo tragara, porque debe ser una experiencia terrible escuchar la voz de Dios. El Señor dijo a Noé:

“He decidido acabar con toda carne, porque la tierra está llena de violencias por culpa de ellos. Por eso, he aquí que voy a exterminarlos de la tierra. Hazte un arca de maderas resinosas y la calafateas por dentro y por fuera con betún. Así es como lo harás: longitud del arca, trescientos codos; su anchura, cincuenta codos. Haces al arca una cubierta y a un codo la rematarás por encima; pones la puerta del arca en su costado, y haces un primer piso, un segundo y un tercero. Por mi parte, voy a traer el diluvio, las aguas sobre la tierra, para exterminar toda carne que tiene hálito de vida bajo el cielo: todo cuanto existe en la tierra perecerá. Pero contigo estableceré mi alianza: Entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo. Y de todo ser viviente, de toda carne, meterás en el arca una pareja para que sobrevivan contigo. Serán macho y hembra. De cada especie de aves, de cada especie de ganados, de cada especie de sierpes del suelo entrarán contigo sendas parejas para sobrevivir. Tú mismo procúrate toda suerte de víveres y hazte acopio para que os sirvan de comida a ti y a ellos”.



Noé permaneció postrado en tierra muchas horas, cuando ya se había hecho el silencio en el cielo. Los pájaros volvieron a cantar en el atardecer y el patriarca seguía con su cara en la tierra, intentando olvidar lo que había escuchado. Pero, ¿cómo olvidar un mensaje así? Quedó grabado de tal forma en su mente que, cuando lentamente se levantó para volver a su tienda de pieles,

como cada tarde, estaba completamente seguro de no haber sufrido una alucinación.

Aquella noche se refugió en el mutismo. Se acostó sin cenar ni dirigir la palabra a nadie. El sueño no vino en su ayuda. Esa noche, como todas las siguientes, la pasó reflexionando; intentando abarcar las consecuencias de la orden recibida. Cuanto más ahondaba en el asunto, más vértigo sentía.

Lo salvó de la locura su lentitud. Los períodos en los que era totalmente consciente del significado del recado divino eran seguidos de otros, más largos, en los que dejaba el asunto parado, estacionado, y se ocupaba de los quehaceres cotidianos, de tus tierras y sus rebaños, del desarrollo de sus hijos; permitía así que su cerebro fuera digiriendo muy despacio la envergadura de lo que se le venía encima.

Durante los siguientes meses, en su cabeza, pausadamente (cómo no), fueron apareciendo preguntas que intentó responder de la mejor forma posible. La primera: ¿había sido real el mensaje?, y en caso afirmativo, ¿procedía de Dios? La segunda: ¿por qué el Creador quería destruir la creación? La tercera: ¿por qué le había elegido a él para la titánica misión de salvar las especies vivas?

La primera pregunta la rumió durante algunos meses, igual que el ganado la hierba de los prados, masticándola una y otra vez. Fue relativamente fácil de contestar. No había sido una alucinación. Aún muchos años después, podía recordar las palabras del Señor una por una y oírlas en su interior grabadas a fuego,

con una claridad que no admitía engaño. Si no dudaba de su propia cordura, el mensaje había sido cierto; y si dudaba, era lo mismo, porque la duda no le eximía de haberlo recibido. Tampoco cabía la menor duda sobre su origen: ¿quién sino Él se había hecho oír anteriormente en esos atronadores términos, en la historia de la estirpe humana? La serpiente, que en el paraíso habló con su antepasada Eva, había usado otro tono, insinuante, persuasivo, suave, casi imperceptible en su intensidad, no ensordecedor ni imperativo. Ese lenguaje era propio de Dios.

Respondida la primera cuestión, se ocupó de la segunda. Esta sí que era difícil de contestar. Meditó sobre ella (aunque eso sí, de forma intermitente) durante años: ¿por qué quería Yahveh destruir toda sociedad humana, si había creado al hombre a su imagen? El Señor le había dicho que a causa de su violencia, de sus crímenes, de sus culpas. Esto planteaba otro interrogante más: ¿no tenía que saber perfectamente, en su omnisciencia, lo que haría el hombre según fuera multiplicándose y organizándose? La pregunta sobre la capacidad de Dios para ver el futuro proyectado en el presente no tenía respuesta. Sólo creó una duda creciente, que fue corroyendo lentamente a Noé, en continuo incremento según pasaban los años: o la omnisciencia del Altísimo era muy deficiente, o se sumía en largos períodos de sueño, durante los cuales, los acontecimientos escapaban a su control. Los sucesos posteriores nos han demostrado a los humanos que el Hacedor, en efecto, duerme casi todo el tiempo. Noé lo intuyó en el principio de la historia. Por otra parte, si el Señor, para entretener su eterna soledad, había creado al hombre con el carácter

imprevisible que se deriva de su inteligencia y su libre albedrío, ¿por qué se enfadaba después con sus diabluras? Es como el que compra un perro inquieto, nervioso y ladrador para que le divierta, y luego lo mata a palos precisamente por las cualidades que le llevaron a adquirirlo. Aquel razonamiento no tenía salida. O Yahveh era imbécil, atributo poco probable en Dios, o la explicación tenía que venir por otros derroteros.

Probó por el camino inverso: ¿qué era lo que estaba haciendo el hombre, que pudiera preocupar a Dios? Para contestar a esta pregunta, comenzó a visitar las ciudades que antes tanto rehuía; pero no como las había frecuentado antes, para vender ganado, la lana de sus ovejas o sus excedentes agrícolas, sino como un espía, apostándose en las esquinas para ver y escuchar, frecuentando las tabernas donde corría el hidromiel y la cerveza, vigilando la salida de los burdeles y las tiendas de afeites y cosméticos. La conclusión de Noé, tras varios años de estudio que hoy llamaríamos “sociológico”, fue concluyente. El hombre no era más violento, más malvado ni más cruel que en el tiempo de su padre o de su abuelo. ¿Acaso la violencia y el crimen no se habían manifestado desde el origen mismo de la humanidad? Recordó a Caín matando a su hermano Abel a golpes de quijada de asno en las puertas mismas del Paraíso. Seguía sin encontrar justificada la brusca decisión del Señor. Si no era la violencia ni la criminalidad, ¿qué era lo que molestaba a Dios hasta ese extremo? La única variación importante en la sociedad humana que Noé alcanzaba a recordar, recopilando los quinientos años de su propia memoria y los casi novecientos de recuerdos (ya deteriorados) de su abuelo

Matusalén, era el notable desarrollo de lo que hoy llamaríamos “Ciencias Ocultas”, pero que, en el contexto de su tiempo, tenemos que llamar “Ciencias” a secas.

El hombre de la época de Noé practicaba la magia ceremonial, el encantamiento, la Astrología y las ciencias adivinatorias (Geomancia, Hidromancia, Piromancia, etc.) en un grado creciente y cada vez más extendido. Los contemporáneos de Noé eran grandes conocedores de las Correspondencias, de las leyes de simpatía y antipatía que rigen las relaciones entre diferentes seres del Universo, entre el macrocosmos y el microcosmos, entre los destinos humanos y los astros. También conocían las repercusiones prácticas que de estos conocimientos se derivaban, como la metalurgia, la elaboración de talismanes tallando piedras preciosas, y la transmutación de los elementos (alquimia). La música y el conjuro, es decir, la armonía y la palabra, les habían dotado de una potente herramienta para modificar el mundo en su beneficio. Podían utilizar a los dioses inferiores, a los ángeles o demonios planetarios y astrales, con la finalidad de alterar los acontecimientos del universo físico y de su propio destino personal.

Esta ciencia emergente procedía de la semilla dejada por los ángeles caídos (o quizá por los propios querubines vigilantes de las puertas del Paraíso), cuando se mezclaron con las “hijas de los hombres”. Tal hibridación entre especies angélica y humana no es una suposición de Noé, ni una invención gratuita por nuestra parte; se encuentra explícitamente registrada en el Génesis (6, 1-4):

“Cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la faz de la tierra y les nacieron hijas, vieron los hijos de Dios que las hijas de los hombres les venían bien, y tomaron por mujeres a las que preferían de entre todas ellas [...] Los Nefilim(1) existían en la tierra por aquel entonces (y también después), cuando los hijos de Dios se unían a las hijas de los hombres y ellas les daban hijos: éstos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos”.

No solamente en el Génesis “canónico” encontramos esta lujuriosa actividad angélica; También en el *Libro de Enoch*(2), capítulos VI al IX:

“Así pues, cuando los hijos de los hombres se hubieron multiplicado, y les nacieron en esos días hijas hermosas y bonitas, los ángeles, hijos de los cielos, las vieron, y las desearon, y se dijeron entre ellos: “Vamos, escojamos mujeres entre los hijos de los hombres y engendremos hijos”. [...] Y comenzaron a ir hacia ellas y a tener comercio con ellas y les enseñaron los encantos y los encantamientos, y les enseñaron el arte de cortar raíces y la ciencia de los arboles. [...] Y Azazel enseñó a los hombres a fabricar las espadas y los machetes, el escudo y la coraza del pecho, y les mostró los metales, y el arte de trabajarlos, y los brazaletes y los aderezos y el arte de pintarse los ojos con antimonio y de embellecerse los párpados, y las más preciosas piedras y todos los tintes de color, y la revolución del mundo. [...] Amiziras instruyó a los encantadores y los cortadores de raíces; Armaros enseñó a romper los hechizos, Baraquiél instruyó a los astrólogos, Kokabiel enseñó los presagios, Tamiel,

el significado del aspecto de las estrellas, y Asdariel enseñó el curso de la luna.”

Textos semejantes, se repiten en numerosos Midrás judíos⁽³⁾.

Fueron éstos ángeles fornicadores y mujeriegos los que enseñaron a la humanidad la música, la armonía, la astrología, la cosmética, la alquimia, la adivinación y la magia ceremonial. Posteriormente (en el s. III a de C), algunos comentaristas judíos del Génesis y, aún más tarde, los exegetas cristianos, intentarían ocultar éstos enormes hechos (que se produjeron mientras Dios disfrutaba de una de sus periódicas siestas), aduciendo que “*los hijos de Dios*” no eran ángeles, sino los descendientes de Set (el tercer hijo de Adán y Eva) y las “*hijas de los hombres*”, las mujeres descendientes de Caín. Interpretación racionalista destinada a una humanidad incrédula, a la que costaba admitir que los ángeles tuvieran relaciones sexuales con las hembras de la especie humana. Pero lo escrito, escrito queda.

Según esta segunda versión, aunque alicortada de imaginación y fe en lo maravilloso, los hijos de Caín conservarían una especial clarividencia, un conocimiento intuitivo de las correspondencias universales que ligan macrocosmos y microcosmos: es decir, de la magia. No cabe duda de que tal conocimiento sería un residuo de la ingesta por sus antepasados Adán y Eva, del portentoso fruto del árbol de la ciencia. Habrían alcanzado por méritos propios, gracias a esas facultades y sin intervención genetal ni cultural de los ángeles, un nivel de desarrollo “científico-técnico” que

les permitía el dominio de la prohibida ciencia de la red de simpatías y antipatías que vinculan los elementos de la naturaleza.

Nuevamente el Génesis (4, 17-22) nos da la clave que confirma esta interpretación. Entre los descendientes de Caín se encontraban Yubal y Tubalcaín. El primero de ellos inventó la música, la flauta y la cítara: es decir, los inseparables acompañamientos (ritmo y armonía) de cualquier conjuro mágico. El segundo fue el *“padre de todos los forjadores de cobre y de hierro”*: es decir, de herreros, metalúrgicos y alquimistas.

Nos quedemos con una interpretación o con otra, hay suficientes indicios en los textos sagrados como para deducir (sin que se nos pueda acusar de abandonarnos a una fantasía desbordada) que los contemporáneos de Noé ejercían un notable dominio sobre las fuerzas de la naturaleza a través de las artes mágicas.

Durante su larga y calmosa reflexión de años y años, Noé llegó a éstas conclusiones, porque era lento, pero no tonto. Se dio cuenta de que Yahveh quería eliminar al hombre porque temía que asaltara nuevamente el paraíso y llegara a poner su mano sobre el fruto del Árbol de la Vida, haciéndose inmortal. Si tal cosa llegaba a ocurrir, se habría hecho igual a Dios.

Estos temores ya los tenía Yahveh de antiguo y fueron la causa de la expulsión de Adán y Eva del jardín del Edén en su momento, tras el célebre bocado que tanto bien y tanto mal reportarían a la humanidad. Dice el Génesis (3, 22) que cuando el Señor descubrió el pecado frutal de nuestros primeros padres, dijo:

“He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal. Ahora pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida y comiendo de él, viva para siempre”.*

Si tenía ese temor de nuestros pobres y asustados tatarabuelos, que tapaban sus vergüenzas con hojas de parra, ¡cómo no tenerlo de una humanidad dotada de armas de acero, corazas de amianto inmunes a las espadas de fuego de los querubines y una poderosa magia capaz de manipular las potencias del cosmos!

Noé se sintió muy turbado (y muy decepcionado) cuando descubrió los verdaderos motivos de Dios para destruir a la especie humana. La imagen que tenía del Creador se le venía abajo. ¡Eran el miedo y la falta de control sobre su propia creación los móviles que inducían al Señor a cometer genocidio! Este conocimiento le volvió sombrío, taciturno, silencioso. No lo compartió con nadie: si lo comentaba, Yahveh se daría cuenta que había descubierto su juego, y él y toda su familia perecerían también. Guardó esta certeza en lo más oculto de su corazón y de su mente. También halló la respuesta a su tercera pregunta: ¿por qué precisamente él había sido elegido para ser la excepción, el único representante de la humanidad destinado a salvarse? Era por su distanciamiento de los valores, ambiciones y aspiraciones de sus

Este “nosotros”, no sabemos si indica plural mayestático o que hablaba con los ángeles o que era varios dioses en uno o vaya usted a saber...

coetáneos. No simplemente por el hecho de ser pastor y agricultor (había muchas más tribus o clanes dedicados a la misma actividad), sino por su alejamiento moral, por su aversión a todo lo que fuera urbano, por su indiferencia ante las innovaciones tecnológicas que observaba las pocas veces que visitaba ciudades. Noé desconfiaba profundamente de las artes mágicas. Un sexto sentido le decía que eran pecaminosas, que estaban en desacuerdo con la voluntad de Dios. Por algo era descendiente de Enoch, el amado del Señor, arrebatado por el cielo en cuerpo y alma. Seguramente su antepasado le soplabá estos pensamientos al oído.

En los siguientes meses, mientras deambulaba por los montes, meditabundo, Noé llegó a la conclusión de que, en el plano práctico, se le ofrecían tres opciones para minimizar la tragedia que se avecinaba. La primera, convencer a Dios de que desistiese de su propósito destructor. La segunda, persuadir a los hombres de que abandonaran el peligroso camino de progreso “mágico-técnico” en que estaban inmersos. Debía hacerlos renunciar a todos los conocimientos y artes que preocupaban a Yahveh. Tenían que destruir las retortas y alambiques, los talleres donde las piedras preciosas adquirían su poder de talismanes. Desterrar a los sabios conocedores de los arcanos de las plantas y los presagios de los astros. Destiladores, metalúrgicos, astrólogos, magos, adivinos y cortadores de raíces debían desaparecer, junto con la soberbia misma del conocimiento. Si todos volvían a pastorear sus rebaños, como hacía él, la desconfianza del Creador se aplacaría. La tercera opción, si los dos anteriores fracasaban, era obedecer

al Señor y construir el arca. Al menos, al salvarse él y su familia, junto con un animal de cada especie, la vida y la humanidad se habrían librado de la extinción.

Noé volvió al lugar donde Dios le había hablado. Llamó, gritó, imploró, en un desesperado intento por ser escuchado, por reanudar la conversación (unilateral) de unos años antes. Pero el cielo guardó silencio. Sus voces sólo hicieron callar a los pájaros y huir a los conejos, serpientes y otras alimañas. Lo intentó muchas veces en diferentes lugares; en ninguno recibió respuesta. Yahveh no se dignó contestarle.

Harto de rogar a los montes y a los ríos, decidió poner en marcha la segunda opción. Pero antes de iniciar su campaña de predicación pública, necesitaba comunicárselo a la familia. Precisaba su ayuda para llevar a cabo una labor que se le antojaba superior a sus fuerzas.

Los reunió una noche después de la cena. Expuso detalladamente el mensaje divino; cuando terminó se hizo un espeso silencio. La cara de su mujer expresaba una gran desolación. Las de sus hijos una mezcla de alarma y escepticismo. Noé pensó: *“Me toman por loco. Piensan que a mis 520 años estoy senil, peor que mi propio abuelo Matusalén, que babea en el rincón de la tienda durante todo el día”*.

Las objeciones no se hicieron esperar, cayeron sobre él como una lluvia de piedras: *“se pudo tratar de un sueño”, “efecto del sol en la cabeza”, “tomarías algún fruto venenoso, tú que andas todo el día comisqueando bayas silvestres”*. Su hijo Cam, el más